

ANTONIA SAEZ, *EL TEATRO EN PUERTO RICO, NOTAS PARA SU HISTORIA*, San Juan de Puerto Rico, Editorial Universitaria, Colección Uprex, 1972, 134 pp.

La Editorial Universitaria ha reeditado la obra titulada *El teatro en Puerto Rico (Notas para su historia)*, debida a la pluma de Antonia Sáez. La primera edición salió a la luz en 1950. Esta segunda, que tenemos entre las manos, se publicó en abril de este año que decursa.

El estudio —pese a las dos décadas transcurridas— mantiene su vigencia. Sobre todo con respecto al panorama teatral del siglo XIX. El XX está débilmente historiado. Llega sólo hasta 1929. Pero, para llenar el enorme vacío, la autora ha insertado, al final, unos apéndices esquemáticos que son muy provechosos.

Lástima que el lenguaje sea tan escolar. Antonia Sáez se expresa en una lengua apretada, pobre, carente de alientos. La salva la profunda investigación realizada. Nadie como ella ha buceado en los orígenes de nuestro teatro con más voluntad y devoción. De manera que todo el que quiera asomarse a la dramaturgia puertorriqueña tendrá que leer y releer este pequeño tratado suyo escrito con tanto fervor.

Nuestra inquietud teatral se inició en el siglo XIX. Verdad que, antes, Puerto Rico permaneció inmerso en una semipenumbra cultural. Pero con la fundación de la *Sociedad Económica de Amigos del País* en 1811 y la llegada a la Isla del Intendente Alejandro Ramírez se iluminaron los horizontes intelectuales del país.

Influyeron, también, en este renacer espiritual —según Salvador Brau— las emigraciones francesa y dominicana y la venezolana. Los extranjeros trajeron sus inquietudes culturales, espirituales y sociales y las desparramaron por la Insula.

Nuestra producción dramática nace bajo el signo del Romanticismo. Refleja el movimiento europeo como todo nuestro quehacer literario. El teatro puertorriqueño tomó diversos derroteros. Se desarrolló en torno a una temática variada. Salta, en primer lugar, el drama histórico tan del gusto romántico. La primera pieza de esta índole la escribió Carmen Hernández de Araújo en 1846 con el título de *Los deudos rivales*. Por este camino le siguen Alejandro Tapia y Rivera con *Roberto D'Evreux* en 1848 y *Bernardo de Palissy o El heroísmo del trabajo* en 1857. El propio Tapia continúa firme sobre la ruta emprendida con *Camoens* (1868) y *Vasco Núñez de Balboa* (1872).

La recia figura de Juan de Padilla —el comunero castellano que luchó contra Carlos V en el siglo XVI— inspira a Salvador Brau, *Héroe y mártir* (1871) y a Antonio Pardo y Díaz, *La sombra de Padilla*. Manuel Corchado se adentra en la historia e hilvana su drama trágico *María Antonieta* en 1860 en que rehace el colofón sangriento de la última reina de Francia. Sobre este sendero andan y desandan dramaturgos menores como Carlos Peñaranda y Ricardo del Toro Soler, por no citar más.

Otro tema cultivado fructuosamente por el romanticismo insular es el del honor. El concepto arranca de Calderón, revisado y actualizado por Echegaray. Nuestros escritores siguen, más que al Genio del Barroco, al ingenioso ingeniero que construía sus obras como si se tratase de un puente o de una casa.

Dentro de la línea de Echegaray se hallan Manuel María Sama con *Inocente y culpable*, escrito en 1877; Francisco Alvarez con *Dios en todas partes* (1881); Manuel Corchado con *Desde la comedia al drama* (1887). Los celos constituyen muchas veces la clave de los dramas de honor. Lo hace ostensible Arturo Más Miranda con su obra *La víctima de los celos* (1897) y en los albores del XX —en 1903— Rafael Matos Bernier con *Deshonra y muerte*.

El conflicto de los amores incestuosos —tan gustado por los románticos— lo llevan al teatro puertorriqueño Carmen Hernández de Araújo con su drama en tres actos *Amor ideal*, escrito en 1866, y Felipe Janer con *El secreto de un padre*. Tapia, en *La Cuarterona*, plantea el discrimen racial y Eleuterio Derkes, con su *Ernesto Lefevre*, nos pinta el triunfo del talento sobre el dinero y el linaje.

El problema de la bastardía —de los hijos ilegítimos— lo lleva a la escena Ramón Marín con *El hijo del amor* (1872) y Lazos

de amor (1877), estrenado, este último, en el Teatro La Perla de Ponce en 1877.

Dramones trágicos —siguiendo la técnica de Echegaray— escribieron, en esta hora, Gabriel Ferrer, el doctor Manuel Martínez Roselló, Luis A. Torregrosa, Joaquín Masferrer, por no citar más.

El teatro moralizador se abre paso desde 1866 con Carmen Hernández de Araújo a través de su obra *Hacer bien al enemigo, el mejor castigo* y se prolonga a lo largo de más de una década con Salvador Brau, Carmen Bozello y Guzmán y Felipe Janer que en 1879 da a la luz *Elección por gratitud*.

El costumbrismo —puente de transición entre el romanticismo y el realismo— tuvo numerosos cultores en Puerto Rico. No solamente en el verso, en la estampa, en el cuento, en la novela, sino también en el teatro. Unas veces resucitan la historia local como en *La cruz del Morro* de María Bibiana Benítez, la primera obra de esta índole, escrita en 1862. Se inspira en el desembarco en Puerto Rico de los holandeses y la lucha del valiente Capitán Amézquita contra los invasores. Francisco de Jústiz y Sanz hilvanó la revista histórico-lírico-dramática titulada *La inundación de Ponce* en 1889.

Inspiradas en nuestras gestas locales escribieron piezas dramáticas Ramón Ojeda López, J. P. Giordani, Luis Lloréns Torres y José Limón de Arce. Las mejores obras de esta índole son *El Grito de Lares* de Lloréns y la zarzuela de Limón de Arce *Almas y olas* sobre el héroe arecibeño José Víctor Rojas.

El tema político se llevó también al teatro en las postrimerías del siglo XIX. La mayor parte de las obras son de carácter cómico. Se destacaron Fernando Ormaechea y Félix Navarro, así como Sotero Figueroa con su zarzuela *Don Mamerto*, musicalizada por Juan Morell Campos. Se estrenó en el teatro La Perla de Ponce en 1881.

La primera obra de carácter socialista fue *La emancipación del obrero*, drama en un acto, escrito por R. del Romeral. La técnica es pobre. Pero la ilumina un encendido aliento revolucionario. Le siguen *Redención* de José Limón de Arce y *El poder del obrero* de Antonio Millán. El anhelo de independencia cuaja en dos piezas dramáticas: *Tres banderas* (1912) de Eugenio Astol y *La india borincana* (1922) de Gonzalo O'Neill.

Juan B. Huyke lleva a la escena, en esta época, los conflictos irrogados por la americanización de las familias con *Las pequeñas causas* y los problemas pedagógicos con *Mañana de prueba* (1927).

La vida del jíbaro —su drama íntimo, sus peripecias interiores y externas— lo escenifica, generalmente con acierto, Ramón Méndez Quiñones. Suyos son los bocetos dramáticos *Un jíbaro como hay pocos* (1878), *Los jíbaros progresistas* (1882), etc. Dentro de la misma órbita se hallan Manuel Alonso Pizarro, Rafael Escalona y Francisco Irizarri. La obra de más aliento es *El batey* (1926) de Juan B. Huyke.

También se escribieron, en las postrimerías del siglo XIX y a principios del XX, piezas menores de temática variada, como diálogos, monólogos, etc.

Mención especial merece el teatro infantil. Muy pocos autores lo cultivaron. Entre ellos, el prócer Eugenio María de Hostos con *¿Quién preside?* y *El cumpleaños*, escritos para sus hijos, y Juan B. Huyke con *Día de Reyes* y *Abuelo y nieta*, ambas dadas a conocer en 1929.

EL TEATRO EN EL SIGLO XX

El siglo XX, en sus inicios, es pobre teatralmente. Aunque varios autores como José Limón de Arce, Antonio Millán, Juan B. Huyke, etc. publicaron numerosas obras en la primera década del XX, la autora los encasilla —por su técnica y por su temática— en el siglo XIX. El teatro moderno —con su fino sentido psicológico y su sutil sátira social— no aflora entre nosotros hasta 1912 en que se estrena la comedia de José Pérez Losada titulada *La crisis del amor*. El autor nació en España. Pero vivió y se identificó con lo puertorriqueño. De manera que podemos incluirlo como nuestro. Obra análoga a la anterior fue *Un hombre de cuarenta*, de Antonio Coll y Vidal, que se estrenó en La Habana en 1928.

Rafael Martínez Álvarez dio a la luz su comedia *La madre selva en florecía* en que imita a los hermanos Álvarez Quintero. Eugenio Sánchez de Fuentes y Peláez estrenó, con éxito —también en La Habana— su drama *Sacrificios*, de carácter psicológico.

El teatro lírico tuvo, asimismo, resonancias en esta época. Se destacan zarzuelas como *La soleá* y *Sangre mora* de José Pérez Losada y Luis Díaz Caneja. Ambas se desenvuelven en un ambiente español. De carácter satírico son *Los sobrinos del tío Tom* y *El viaje de los congresistas* de los mismos autores. Tal vez la obra de más aliento, en este sentido, fue *La cantaora*, escrita por Pérez Losada y musicalizada por José Germán Arguinsoni.

En 1928 Rafael Hernández publicó en Nueva York su zarzuela *Colegiales*, con letra de Alberto M. González. La comedia astracanesca estuvo representada por *No me toque usted el trigémimo* de Antonio Nicolás Blanco. También escribieron fructuosamente el doctor José M. Amadeo y Diego Martín, dramaturgos menores que hicieron su aporte en las dos primeras décadas de nuestro siglo.

La obra de Antonia Sáez no recoge más que la producción dramática publicada hasta 1929. De manera que queda fuera todo el renacer de nuestro teatro a partir de la generación del 30. Sin embargo, en uno de los apéndices apunta que después de esta fecha nuestra dramática presenta dos dimensiones: Una nacional y otra universal. En la primera los autores bucean dentro del ser puertorriqueño, su ambiente y sus circunstancias en busca de su propia identidad. Ejemplo: *El clamor de los surcos* (1939) y *Tiempo muerto* (1940) de Méndez Ballester, *Mi señoría* (1940) de Luis Rechani Agrait. Dentro de la segunda dimensión se hallan *Esta noche juega el jóker* (1939) de Fernando Sierra Berdecía y *Alumbriamiento y María Soledad* (1949) de Francisco Arriví en que se plantean los conflictos, no del puertorriqueño específicamente, sino del hombre contemporáneo en general.

El drama histórico —cultivado fructuosamente durante el Romanticismo— se abre paso con *Juan Ponce de León* de Carlos N. Carreras y José Ramón Santibáñez, estrenado en 1932. También se han destacado en la década del treinta al cuarenta Arturo Cadilla, Edmundo Rivera Alvarez, José Pérez Moris, Jiménez Mallet, Jiménez Sicardó y otros.

Lástima que a la autora se le haya ido la vida de entre las manos sin historiar el teatro hasta nuestros días y no haya podido comentar —o al menos, reseñar— todo el quehacer dramático de Emilio S. Belaval, Gonzalo Arocho y del Toro, Cesáreo Rosa-Nieves, René Marqués, Díaz Valcárcel, Pedro Juan Soto, Luis Rafael Sánchez, por no citar más.

Historia del teatro en Puerto Rico es un esbozo meritorio de nuestro acontecer teatral. Carece, generalmente, de sentido crítico. A veces se nos antoja un mero catálogo de obras. Pero, de todos modos, hace desfilar ante nuestros ojos todas las peripecias de nuestro teatro desde sus orígenes hasta 1929.

Dr. LUIS MARTÍNEZ